

¿TERMINARON LAS IDEOLOGÍAS? IDEOLOGÍA, REALIDAD Y VERDAD

POR

MIGUEL AYUSO

1. A modo de prólogo

Con gran alegría nos encontramos en la Fundación Balmesiana inaugurando la XLI Reunión de amigos de la Ciudad Católica. Permítanme, preliminarmente, antes de decir unas palabras, breves, sobre el tema general de la convocatoria, "La ideología contra la verdad", dar una explicación, y un agradecimiento.

En efecto, los últimos años nos hemos venido encontrando con algunas dificultades para desarrollar nuestra Reunión anual. La reducción del núcleo duro de la organización y la imposibilidad de hallar una casa religiosa adecuada a nuestras necesidades han roto el pasado año la continuidad sostenida de modo regular desde los primeros años sesenta. Sin embargo, siempre la hemos considerado de gran importancia, por lo que no podíamos permanecer impasibles a la interrupción, que de mantenerse se tornaría preocupante. De ahí que, en esta ocasión, y aun a riesgo de disminuir el número de los amigos llegados de fuera de Cataluña, y de causarles más incomodidades que las imprescindibles, nos hayamos lanzado a la celebración de esta XLI Reunión en la Fundación Balmesiana. Gracias, pues, a ellos, en especial, y a todos los asistentes de Barcelona y Cataluña. Y gracias también en especial a los amigos de *Schola Cordis Iesu* y de la "Unión Seglar de San Antonio María Claret", por su ayuda imprescindible. Sin el concurso de Jorge Soley y Mateo Argerich, consiéntanme de personalizar en ellos ese auxilio, no estaríamos aquí en este momento.

Podemos, así, proseguir nuestra labor de formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano. Que, además de *Verbo*, requiere de un contacto personal, periódico, que estas reuniones custodien.

2. La equívocidad de la "ideología"

No es unívoco, ni siquiera análogo, el término "ideología". Juan Vallet, en 1971, recordaba que el mismo significa (1):

- a) Un denuesto empleado para acusar al adversario. Así parece que nació, en el siglo XIX para acallar las voces que disgustaban a Napoleón. Y así ocurrió igualmente con el marxismo en el XX respecto del calificado como pensamiento "burgués". Luego se ha generalizado para desacreditar, sin más, al contrincante.
- b) Más exacto sería, sin embargo, decir (con Mannheim) que comenzamos a calificar de "ideológicas" las opiniones de nuestros adversarios cuando, más que como mentiras deliberadas o el resultado de un aparato conceptual defectuoso, las consideramos como algo intermedio, a saber, la consecuencia inevitable e ignorada de ciertos determinantes causales o *ídola*, preconceptos mentales.
- c) Al lado de tales conceptos subjetivos e individuales, puede hallarse otro psicosociológico, contrapuesto al punto de vista propiamente ontológico. Pues tras haber demolido la unidad ontológica del mundo, se trata de sustituir por otra impuesta por el sujeto percipiente y sus circunstancias, apareciendo de resultas "la conciencia en sí" (ilustrada), que se mutará —a través de la perspectiva histórica— en "espíritu del pueblo" (historicista).

(1) JUAN VALLET DE GOYTISOLO, *Ideología, praxis y mito de la tecnocracia*, Madrid, 1971, capítulo 1.

- d) Incluso, dando un paso más allá respecto de lo recién indicado, cabe que la conciencia —lo explicó Yves Simon— se vuelque sobre un puro “objeto de deseo”.
- e) Finalmente, llegamos a la construcción con ideas no obtenidas de la realidad, sino a partir de las cuales se pretende “ordenar”, gobernar e incluso transformar la realidad. Constructivismo utópico que ha de concluir necesariamente en la revolución.

3. La ideología contra la verdad

Si, trascendiendo las acepciones anteriores, debiéramos fijarnos en la matriz de lo que podríamos llamar el “modo de pensamiento” ideológico (2), lo encontraríamos ligado a la racionalidad moderna y en contraposición con la clásica. Mientras ésta es acogimiento del *logos*, esto es, del orden de las cosas, y del orden que son las cosas (lo que nos conduce a la filosofía), aquélla —por contra— es cálculo o método idóneo para alcanzar un objetivo, finalmente puro dominio (con lo que nos movemos en los predios de la ideología) (3).

Nuestro amigo el profesor Thomas Molnar tituló uno de sus libros como “la utopía, eterna herejía” (4). Era la época en que, intencionada o inconscientemente, se negaba el pecado original, sustituido por el pecado social, sanable sólo a través de un “cambio de estructuras” revolucionario. En su versión marxista o progresista (recuérdese al malhadado padre Teilhard de Chardin, de quien se ocuparon con frecuencia las páginas de *Verbo*) una ideología liberadora de matriz judaizante buscaba afanosamente el paraíso en la tierra, causando ruinas por doquier, pues el camino no es apto para pretender instalar en él una mansión. En su ori-

(2) Cf. DALMACIO NEGRO, “Modos de pensamiento político”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* (Madrid), n.º 73 (1996), págs. 528 y sigs.

(3) DANILO CASTELLANO, *La razionalità della politica*, Nápoles, 1993, págs. 9 y sigs.

(4) THOMAS MOLNAR, *Utopia, the perennial heresy*, Nueva York, 1967.

gen se hallaba lo que otros de nuestros amigos, los profesores Marcel de Corte y Michele Federico Sciacca, belga y siciliano respectivamente, habían caracterizado como *l'intelligence en péril de mort* (5) o el *oscuramento della intelligenza* (6). En efecto, esa religión heretizada, convertida en agente de las utopías hodiernas, no era sino expresión de un fenómeno natural, aunque patológico: la ruptura del pacto nupcial del hombre con la naturaleza, ruptura —se ha dicho— por la que, de un lado, se destruían las raíces que le permitían succionar los jugos nutricios de la tierra, mientras que de otro sus ramas se hacían incapaces de absorber la clorofila del ciclo. Perdido, así, el lugar del hombre en el orden de la naturaleza, tanto respecto del Creador, como de los demás hombres y del mismo mundo, el volver la espalda a la verdad debía venir seguido del lanzarse enloquecido en lo útil. La demagogia, tras ocupar el centro de la escena, va a hacer mutis por el foro dejando paso a la dominación tecnocrática. Los interrogantes emergen súbito. En primer lugar, ¿se da una verdadera oposición entre la tecnocracia y la ideología? Y, en segundo, ¿marca aquélla el declive de ésta?

4. Tecnocracia e ideología: especial referencia a la democracia

La primera pregunta, en lo que aquí nos interesa, requiere examinar la relación entre tecnocracia y democracia. Juan Vallet, en sus madrugadores estudios sobre la tecnocracia, ya observó cómo los regímenes autoritarios ofrecen un amplio campo donde la acción tecnocrática puede desarrollarse con mayor eficacia: "El ejecutivo fuerte les facilita enormemente su acción. Sin embargo, ésta puede serles frenada por el contraste de la ideología tecnocrática con la ideología dominante o bien por la contradicción que, para ésta, pueda significar la primacía que la tecnocracia concede al desarrollo meramente económico. Incluso podría, tal

(5) MARCEL DE CORTE, *L'intelligence en péril de mort*, París, 1969.

(6) MICHELE FEDERICO SCIACCA, *L'oscuramento della intelligenza*, Milán, 1970.

vez, una dictadura que tratara de restaurar el tejido social y de revitalizarlo, a través de los cuerpos sociales naturales básicos. Por desgracia, en este último medio siglo —escribía a mediados de los setenta—, aunque varios regímenes han podido efectuar esta obra, e incluso han afirmado realizarla, ninguno ha hecho sino falsearla, confundiendo un régimen verdaderamente orgánico con su contrario, es decir, con una representación parlamentaria dimanante de la Administración Pública, en una parte, y del dictador, en la otra”. Sin embargo, las democracias de partidos políticos, frecuentemente partitocracias, no escapan mejor a este fenómeno: “La demagogia desarrollada con fines electorales, por una parte, incita al Estado democrático a ofrecerse a sus ciudadanos para sustituirles, cada vez más, en sus responsabilidades y prometiéndoles así un bienestar difundido. Este canje tiene como precio la masificación y como contrapartida empuja al Estado democrático a confiar las palancas de la Administración Pública a la tecnocracia. Los medios de comunicación de masas, manipulados, permiten conducir muy democráticamente (es decir, con el refrendo de votos mayoritarios) hacia la aprobación y realización totales y absolutas de los planes tecnocráticos”. No olvidemos, concluye, que la igualdad, ideal democrático, facilita la homogeneización que conduce a la sociedad de masas y a dar realidad a la visión que proféticamente anticipó Tocqueville de un totalitarismo democrático (7).

En la antítesis de las dictaduras tecnocráticas no se halla, pues, ni nada puede remediar, una democracia de masas: “La enfermedad radica sociológicamente en el binomio masificación-estaticación, alimentado por las utopías movidas por la demagogia, tanto de la oposición que aspira al poder como del partido o equipo gobernante que lucha por conservarlo. Los primeros remedios más imprescindibles no podrán ser sino religiosos y metafísicos: la recuperación de la conciencia de cuál es nuestro puesto en este mundo, de paso hacia la vida eterna, y en la realidad del orden de la naturaleza, en el que incidimos con nues-

(7) JUAN VALLET DE GOYNSOLO, *Más sobre temas de hoy*, Madrid, 1979, págs. 348-349.

tra libertad, pero sin escapar a las consecuencias dimanantes del uso que de ella hagamos" (8).

5. ¿Fin de las ideologías? Entre el crepúsculo y una nueva alborada

En ese esquema de subversión de la verdad por la ideología, la tecnocracia, ¿no habrá marcado por lo menos el ocaso de las ideologías? Gonzalo Fernández de la Mora, en libro celebrado y pronto famoso, creyó ver —en efecto— un crepúsculo de las ideologías de resultados de la decadencia de las concretas ideologías históricas, tal y como se habían conocido hasta (por lo menos) la segunda guerra mundial (9). Sin embargo podría haberse distinguido entre el crepúsculo de "las ideologías" y el de "la ideología", pues si el marxismo socialista o el demoliberalismo habían a la sazón empezado a cuartearse en su dimensión de religiones civiles, el modo de pensamiento ideológico estaba lejos de hallarse en decadencia, antes al contrario, emergía con fuerza en versiones renovadas, por lo general "débiles". Así pues, asistimos al tiempo al crepúsculo de las ideologías y al cenit de la ideología. El contexto cultural de la crisis de la modernidad, y el político de la crisis del Estado, esconden la clave de interpretación de la paradoja aparente. Se producía, sí, la disolución de la filosofía moderna, esencialmente ideológica, en su versión fuerte, pero ocupaban su lugar subrogados débiles brotados de su mismo *humus* cultural (10). Retrocedían —también— fascismos, socialismos y liberalismos, mientras surgían nuevos "ismos" —feminismo, ecologismo, etc.—, modalidades las más de la nueva matriz (ideológica) del "progresismo" (11). La propia tecnocracia —lo

(8) Id., *op. cit.*, págs. 24-25.

(9) GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, 1965.

(10) DANILLO CASTELLANO, *L'ordine della politica*, Nápoles, 1997.

(11) GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, "Las presuntas ideologías novísimas", *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* (Madrid), n.º 69 (1992), págs. 234-244.

había denunciado tempestivamente nuestro Juan Vallet— no pasaba de ser sino otra ideología al fin y al cabo (12). Finalmente, se desmoronaba el Estado, pero sin que se asentara o divisara al menos en lontananza una nueva forma política (13).

6. Plan

La presente reunión busca, pues, en primer lugar discutir desde el ángulo de la gnoseología la oposición entre ideología y ciencia (José María Petit), para después repasar la incidencia de la ideología en el derecho (Juan Vallet de Goytisolo), la política (Consuelo Martínez-Sicluna), la economía (Oscar Vara), la historia (José María Alsina) y la educación (José Antonio Roca). Y concluir, tras una reflexión sobre las ideologías desde la doctrina social de la Iglesia, intentando responder a la pregunta de "¿por qué descristianiza el liberalismo?" (Francisco Canals) (14).

Invoquemos al Espíritu Santo para que ilumine nuestras inteligencias y nos disponga del mejor modo para extraer abundante fruto de esta Reunión.

(12) JUAN VALLET DE GOYTISOLO, *Ideología, praxis y mito de la tecnocracia*, cit.

(13) Pueden verse mis *¿Después del Leviathan? Sobre el Estado y su signo*, Madrid, 1996 y *¿Ocaso o eclipse del Estado?*, Madrid, 2005.

(14) A continuación sólo se publican los textos que los autores han entregado a la redacción (N de la R.).